

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo.

In **Norteamérica:** Los materiales son enviados en pequeñas cantidades a individuos con el franqueo pagado y sin cargo alguno..

Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica.

No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

© Copyright 2009 Chapel Library: annotations.

BELÉN Y LAS BUENAS NUEVAS

Horatius Bonar (1808-1889)

“El Verbo fue hecho carne.”

—Juan 1:14

Belén no tenía nada de grandioso. Era “pequeña para ser en los millares de Judá” (Mi. 5:2); quizá apenas una aldea de pastores o un pueblo cuya vida giraba alrededor del mercado; no obstante, allí el gran propósito de Dios se convirtió en un hecho. “El Verbo fue hecho carne”.

Es por medio de los hechos que nos llegan los propósitos de Dios, a fin de que nos apropiemos de ellos como cosas reales. Es en hechos que Dios traduce su verdad, a fin de que sea visible, audible, tangible. Es en los hechos (cada uno como una semilla) que Dios incorpora sus buenas nuevas, de modo que un niño la puede tomar en su mano. Así fue con el milagro de nuestro texto. Dios tomó su propósito eterno y lo dejó caer sobre Belén en la forma de un hecho, un pequeño fragmento de historia humana. Sobre la tierra, la primera promesa había estado suspendida durante cuatro mil años, hasta que al fin descansó sobre Belén, como si dijera: “Éste es mi descanso; aquí moraré.”

La ciudad es pobre más bien que rica. No le faltan sus atractivos; pero estos son de tipo común. Sus paisajes no son majestuosos; sus montes no son imponentes; sus valles no son anchos; sus laderas son rocosas; no es como la ciudad del Gran Rey, hermosa por su ubicación, el gozo de toda la tierra. No obstante, “el Verbo fue hecho carne”.

No tiene palacio ni templo; sólo un mesón para los viajeros que viajan entre Hebrón y Jerusalén; sus moradores no son sacerdotes ni príncipes; no es una ciudad sagrada, y es de poca nota en la historia. No obstante, fue allí, no en Jerusalén, que “el Verbo fue hecho carne”.

Pero su humildad la hace más adecuada como el lugar de nacimiento de Aquel quien, aunque era rico, por nosotros se hizo pobre. Y todo lo referente al pueblo parece cuadrar bien. Es la “casa de pan”, morada apropiada para Aquel que es “el pan de Dios”. Su antiguo nombre era Efrata, “la fructífera”, como si señalara al que daría frutos. A su puerta se encuentra el pozo de David; y no lejos de allí están los estanques de Salomón llevando sus aguas a Jerusalén que nos cuentan del agua viva y del río cuyos arroyos alegraron la ciudad de nuestro Dios. También están cerca los jardines de Salomón, que nos hablan no sólo del “jardín del Señor” y del segundo Adán y del árbol de la vida, sino nos dan los paisajes terrenales (que son los reflejos de los celestiales) que describe el “Cantar de los Cantares” (Cantares 2:12, 13).

Al caminar por sus calles, o deambular por sus altos, uno parece leer texto tras texto, escrito en los montes y las rocas, no con un hierro sino con una pluma de oro, “Nos ha nacido un niño”, parece estar inscripto en uno; “Se nos ha dado un Hijo”, en otro; “Os ha nacido un Salvador” en un tercero; “Gloria a Dios en las alturas”, en otro más y el nombre de

JESÚS en todos. La ciudad no es ahora lo que era, pero allí está: en la ladera norte de su antigua ubicación; un pueblo en Palestina todavía poseído exclusivamente por los que se llaman por el nombre de Cristo.

No se nombra a Belén en nuestro texto, pero no se puede leer el versículo sin sentirse transportado a esa ciudad. “En el principio era el Verbo “lo eleva al cielo, y al pasado infinito. “El Verbo fue hecho carne” lo baja a la tierra y a las cosas finitas del tiempo; al pesebre, y al establo y al “Infante”. Los pastores se han ido; los magos han partido para su tierra; la gloria ha vuelto a pasar al cielo; los ángeles se han retirado, el canto en el valle ha cesado; la estrella ha desaparecido,—la estrella de la que habló Balaam, que aparecería en estos cielos orientales, y que Miqueas, podríamos decir, fijó y colgó sobre la ciudad, cuando mencionó el nombre de Belén como el lugar del nacimiento del Rey que vendría, —pero la ciudad misma todavía está allí, enclavada en su antiguo sitio; no como la tumba cercana de Raquel, un memorial de muerte y dolor, sino un recuerdo de gozo y paz, un testigo de la vida eterna que bajó del cielo.

En Belén se inicia la historia de nuestro mundo. Todo lo sucedido antes y después del nacimiento del Infante toma su color de aquel evento. Como el árbol, que se levanta de una pequeña raíz o semilla, extiende sus ramas, y con ellas sus hojas, sus flores, sus frutos, su sombra, norte, sur, este y oeste; así este nacimiento recóndito influyó sobre toda la historia, sagrada y secular, por delante y por detrás. Esa historia es un espiral infinito de eventos, entretejidos en detalles sin fin, aparentemente con mil puntas rotas; ahora hacia arriba, ahora hacia abajo, ahora hacia atrás, ahora hacia adelante; pero el espiral enredado es uno, y su centro es Belén. El Infante allí es el intérprete de todos sus misterios. Así como es “el principio de la creación de Dios “ y “el primogénito de los muertos”, es también el principio y el fin, el centro y la circunferencia de la historia humana. “Cristo es todo en todo” y, como tal, desde el pesebre hasta el trono, es la encarnación de los propósitos de Jehová, la interpretación de sus actos divinos y la revelación de los misterios celestiales.

Pocas afirmaciones contienen en sí un mundo de verdad como el de nuestro texto. Veamos (I.) qué es, (II.) qué enseña.

I. QUÉ ES.

El “Verbo” es el nombre eterno del Niño de Belén. Se lo llama así porque es el que revela al Padre, el exponente de la Deidad. Así lo es ahora, así lo fue en los días de su encarnación; así lo ha sido desde la eternidad. Los nombres Cristo, Emanuel, Jesús, son sus nombres terrenales; sus nombres en el tiempo, conectados con su condición encarnada; pero los nombres “Verbo” e “Hijo” expresan su condición eterna, su relación eterna con el Padre. Lo que fue en el tiempo y sobre la tierra, eso ha sido en el cielo y desde la eternidad. La gloria que tuvo “antes que el mundo fuese” (Juan 17:5), y de la cual se “anonadó a sí mismo” (Fil 2:7, vea el griego), era la gloria del Verbo eterno, del Hijo sempiterno. Como el eterno revelador de la Deidad, “el resplandor de la gloria de Jehová”, su nombre siempre fue EL VERBO; como declarador de la mente de Dios al hombre, su nombre no es menos EL VERBO, por tener este agregado: “El Verbo fue hecho carne”.

“En el principio era el Verbo” es la porción divina, o celestial o más elevada del misterio; “el Verbo fue hecho carne” es la humana, la terrenal, la más baja. Es esta última la que nos concierne; porque sin ella la anterior no significaría nada para nosotros. Dios manifestado en la carne es el “resplandor de su gloria “, que conecta a la criatura con el Creador; que trae al pecador las aguas de la vertiente eterna. Es esto lo que hace que el Dios inaccesible sea accesible; que lo invisible sea lo visible —no, lo más visible; lo lejano que se convierte en lo cercano, —no, en lo más cercano de todo; lo incomprensible que se hace comprensible, —no, lo más comprensible de todo, un infante, —un infante pobre y débil tomando la leche de una mujer, y descansando sobre la rodilla de una mujer.

¡El Verbo fue hecho carne! Fue hecho verdaderamente hombre; hombre en todo sentido, adentro y afuera, en cuerpo, alma y espíritu; en todo menos el pecado. Dios ha hecho a todas las naciones de la tierra de una sangre, y de esa misma sangre fue partícipe el Verbo, haciéndose hueso de nuestro hueso y carne de nuestra carne; su alma, realmente humana, no sobrenatural ni celestial; su cuerpo era de la propia sustancia de la virgen: verdadera, real, no obstante, carne santa; no haciéndolo la santidad menos carne, y la carne no haciéndolo menos santo.

Es así que Belén se convierte en el nexo entre el cielo y la tierra. Allí se encuentran Dios y el hombre, y se miran de frente. En el niño el hombre ve a Dios, y Dios ve al hombre. Hay gozo en el cielo, hay gozo en la tierra, y el mismo canto es para ambos: “Gloria en las alturas a Dios, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres.” La escalera de Jacob está ahora asentada firmemente en la tierra. Dios está bajando, el hombre está subiendo; y los ángeles atienden a los dos. La semilla de la mujer ha venido. Dios se ha puesto de parte del hombre contra la serpiente. No sólo ha llamado a la puerta del hombre, sino que ha entrado. ¡El invierno ha pasado; la lluvia ha cesado y se ha ido; ha amanecido; las sombras han desaparecido!

II. LO QUE ENSEÑA.

El ángel fue el primero en interpretarlo: “He aquí os doy nuevas de gran gozo.” Sí, nuevas de paz y buena voluntad; nuevas del amor gratuito de Dios; nuevas de su intención de levantar una vez más aquí su tabernáculo y de hacer su morada entre los hijos de los hombres.

Nos enseña los pensamientos de amor de Dios; porque cuando menos, esto significa la encarnación: que el anhelo de Dios es bendecirnos, no maldecirnos; salvar, no destruir. Él busca la reconciliación con nosotros; no, es más: él ha llevado a cabo la reconciliación. No sólo ha hecho propuestas de paz, y nos las ha enviado por mano de un embajador sino que él mismo ha venido a nosotros portando su propio mensaje y presentándose a nosotros, en nuestra naturaleza, como su propio embajador. La encarnación no es, por cierto, el todo, pero es mucho. Es la voz de amor, el mensaje de Paz. Dios mismo es el que habla tanto como el que hace la paz.

El mensaje que nos llega de Belén es uno muy decisivo. No es uno completado; sólo fue completado en la cruz; pero, hasta donde llega, es muy explícito; nada ambiguo. Significa amor, paz, perdón, vida eterna. La lección que nos enseña Belén es una lección de gracia: la gracia de Dios, la gracia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Sin duda, de Belén podemos aprender mucho acerca del camino de vida. Pero no debe considerarse sola; debe usted asociarla con Jerusalén; debe juntar la cuna con la cruz. Aun así, nos enseña la primera parte de la gran lección de paz. Dice, aunque no tan plenamente como el Gólgota: Dios es amor. El comienzo no es el final, pero es un comienzo. El amanecer no es el medio día, pero es el comienzo de un nuevo día. Belén no es Jerusalén, pero es el comienzo. Allí está el Dios de salvación. Allí está la vida manifestada.

No desprecie a Belén. No la pase por alto. Venga, vea el lugar donde yace el niño. Mire el pesebre: allí se encuentra el Cordero para el sacrificio quemado, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Estas manos pequeñas serán destrozadas; estos pies, que todavía no han caminado por esta dura tierra, serán clavados en la cruz. Ese costado será herido por una lanza romana; esa espalda será azotada; esa mejilla será abofeteada y escupida; esa frente será coronada con espinas; ¡y todo por usted! ¿No es esto amor? ¿No es esto el gran amor de Dios? ¿Y acaso no hay amor en esta vida? ¿Y no hay en esta vida salvación y un reino y un trono?

En Belén se abrió la fuente de amor, y sus aguas han fluido en su plenitud. El pozo de David se ha desbordado sobre la tierra, y las naciones pueden ahora beber. Las buenas nuevas han salido de la ciudad de David, y todos los confines de la tierra han visto la salvación de nuestro Dios.

¿Quiere conocer el camino de Dios? Acuda a Belén. Vea al Infante: Es Dios, el Verbo hecho carne. Él es “el Camino”. Nadie viene al Padre si no por él. Vaya y préstele atención. Así, será Belén la puerta del cielo para usted.

¿Quiere aprender de la vanidad de la tierra? Acuda al pesebre donde está el Señor de gloria. Eso es realidad; todo lo demás es vaciedad. ¡Qué mundo vano es el nuestro! Aquel pesebre contiene lo único sobre la tierra de lo cual no se puede decir: “Vanidad de vanidades, todo es vanidad”

¿Quiere un resguardo contra la mundanalidad, y el pecado, y el error, y las trampas de los últimos días? Decídase y quédese en compañía del Niño. Vaya donde vaya, sea como José y María cuando huyeron a Egipto; llévase al Niño. ¿Va a ocuparse de los negocios del mundo? Llévese al Niño. ¿Va a ocuparse de la filosofía y la literatura? Llévese al Niño. ¿Va a descansar o a recrearse? Llévese al Niño. Si lo lleva, todo estará bien. Si se olvida hacerlo, o se encuentra que no puede, todo estará mal.

¿Quiere aprender a ser humilde? Acuda a Belén. Allí el más elevado es el más humilde; el Verbo eterno es un infante; el Rey de reyes no tiene dónde reposar su cabeza; el Creador del universo duerme en los brazos de una mujer. ¡Cuánto se ha humillado; cuán pobre es! ¿Dónde aprenderemos humildad si no aquí? Todo orgullo humano es aquí reprendido y avergonzado. No sea orgulloso, dice aquel pesebre de Belén. Vístase de humildad, dicen los pañales en que fue envuelto aquel Niño indefenso.

¿Quiere aprender a negarse a sí mismo? Acuda a Belén. Vea al Verbo hecho carne. No se “agradó a sí mismo”. ¿Dónde encontraremos tal renunciamento como el de la cuna y la cruz? ¿Dónde leeremos una lección de auto sacrificio como la que tenemos en el que se anonadó a sí mismo; que no escogió Jerusalén, sino Belén como el lugar para nacer; no un palacio ni un templo, sino un establo como su primer hogar terrenal? ¿Seremos seguidores de su humilde amor? ¿Nos negaremos a nosotros mismos? ¿Nos humillaremos para los demás como él se humilló para nosotros? ↪